



**ALEMANIA Y LA AMPLIACION AL ESTE:
¿HACIA UNA COMUNIDAD DE INTERESES?**

JOSÉ MARÍA BENEYTO PÉREZ

nº 2 - 2001

JOSÉ MARÍA BENEYTO

Catedrático de Derecho Internacional Público y Relaciones Internacionales.
Director del Instituto de Estudios Europeos
de la Universidad San Pablo-CEU

Marzo de 2001

El Instituto de Estudios Europeos de la Universidad San Pablo-CEU, Polo europeo Jean Monnet, es un Centro de investigación especializado en temas europeos cuyo objetivo es contribuir a un mayor conocimiento y divulgación de los temas relacionados con la Unión Europea.

Los Documentos de Trabajo dan a conocer los proyectos de investigación originales realizados por los investigadores asociados del Instituto Universitario en los ámbitos histórico-cultural, jurídico-político y socioeconómico de la Unión Europea.

El Instituto de Estudios Europeos publica en su Colección de Documentos de Trabajo estudios y análisis sobre materias relacionadas con temas europeos con el fin de impulsar el debate público. Las opiniones y juicios de los autores no son necesariamente compartidos por el Instituto.

Serie de Documentos de Trabajo del Instituto de Estudios Europeos.

“ALEMANIA Y LA AMPLIACIÓN AL ESTE: ¿HACIA UNAA COMUNIDAD DE INTERESES?”

No está permitida la reproducción total o parcial de este trabajo, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Derechos Reservados © 2000, por José María Beneyto Pérez.

Derechos Reservados © 2000, por Instituto de Estudios Europeos de la Universidad San Pablo-CEU.

C/ Julián Romea, 22

28003 Madrid

e-mail: idee@ceu.es

URL: <http://www.ceu.es/idee.htm>

ISBN: 84-95219-84-0

Depósito legal: M-24865-2001

Diseño de cubierta: Encarnación Navarro.

Compuesto e impreso en Docutech.

ALEMANIA Y LA AMPLIACIÓN AL ESTE: ¿HACIA UNA COMUNIDAD DE INTERESES?

JOSÉ MARÍA BENEYTO PÉREZ

ÍNDICE

1. UNA RELACIÓN ESENCIAL PARA EL FUTURO DE LA UNIÓN EUROPEA	4
2. ¿UNA COMUNIDAD DE INTERESES ENTRE ALEMANIA Y SUS VECINOS CENTROEUROPEOS?	7
3. EL PAPEL AMBIVALENTE DE LA MEMORIA DEL PASADO	12
4. LAS PERCEPCIONES SOBRE ALEMANIA Y LA POSICIÓN DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS RESPECTO A LA INTEGRACIÓN EN LA UNIÓN EUROPEA	15
5. EL FUTURO DE LA RELACIÓN ENTRE ALEMANIA Y LOS PAÍSES DE VISEGRADO EN LA PERSPECTIVA DE LA AMPLIACIÓN	27

1. UNA RELACIÓN ESENCIAL PARA EL FUTURO DE LA UNIÓN EUROPEA

Con el fin de la guerra fría, que en muchos aspectos para los países del Este de Europa significó el verdadero final de la Segunda Guerra Mundial, Alemania vuelve a ocupar una posición central en la región centroeuropea. Desde el punto de vista económico, la República Federal se convirtió rápidamente en uno de los mayores socios tanto de Praga y Varsovia como de Budapest; ello se aplica tanto al comercio exterior como a la inversión directa y a la ayuda exterior. Pero además políticamente Alemania se ha convertido en el más firme defensor de la vuelta a Europa de los países centroeuropeos. Alemania es de hecho uno de los mayores anclajes occidentales de los países de Visegrado (Hungría, Polonia, República Checa y Eslovaquia). Alemania ha pasado a ser el aliado estratégico de estos países en el proceso de su incorporación a la Unión Europea. La posición alemana ha sido también decisiva en la redefinición de la política de seguridad de los países centroeuropeos y su orientación atlántica. Sin embargo, aunque Alemania es el principal aliado económico y político de estos países, la relación de polacos, checos, eslovacos y húngaros con su vecino está llena de paradojas, muchas de las cuales sólo pueden explicarse históricamente. Como dijo el presidente Vaclav Havel en un memorable discurso en la Universidad de Praga el 17 de febrero de 1995, *“Alemania ha sido nuestra constante fuente de inspiración, pero también nuestro sufrimiento”*.

En Bohemia, la influencia de la cultura, de la lengua y de la historia alemanas han sido decisivas. De la misma manera que en Hungría, la identidad nacional checa sólo puede comprenderse frente al espejo de sus relaciones con Alemania. Aunque la presencia de la cultura alemana ha sido menos expresa y menos manifiesta en Polonia, la influencia legal de la tradición germánica y la relevancia económica de la emigración alemana a las principales ciudades polacas durante no pocos siglos de su existencia constituyen un factor sociológico de vital importancia. La experiencia histórica de una intensa relación con Alemania ha sido para sus inmediatos vecinos centroeuropeos siempre ambivalente. Mientras que Alemania ha sido de forma permanente un estímulo de modernización económica, cultural y política, tanto checos como polacos tuvieron que sufrir también sucesivas experiencias no sólo de carácter constructivo sino también a menudo traumático, a causa de las invasiones sufridas desde los Estados alemanes y las sucesivas memorias de conflictos violentos. Por ello, la cuestión central para el

momento presente es saber si la intensificación de las relaciones entre Alemania y los países centroeuropeos y la progresiva superación de los aspectos más sombríos de la memoria histórica pueden llegar a posibilitar la creación de un eje estratégico, una alianza privilegiada similar a la que ha existido desde el origen de la Comunidad Europea entre Alemania y Francia, o si, por el contrario, la congruencia de intereses que existe entre Alemania y los países centroeuropeos seguirá estando dominada por la permanencia de los sentimientos de desconfianza y recelo entre estas sociedades. El futuro de la Unión Europea, y, sobre todo, los objetivos de Alemania dentro de la Unión Europea, dependerán de en qué medida el pasado histórico pueda ser transformado, gracias a la virtualidad política del proceso de integración, en una experiencia de reconciliación y de prosperidad económica común similar a la que ha vinculado a Francia con Alemania durante los últimos 50 años.

Para poder indagar sobre las tendencias de futuro de la ampliación al Este en su relación con Alemania, es preciso, por tanto, realizar un análisis de las varias dimensiones que se hallan sedimentadas en esta relación.

Para ello se parte, en primer lugar, de la determinación de los diferentes modelos que se han utilizado para describir la interrelación entre los países centroeuropeos y Alemania.

En segundo lugar, es necesario profundizar en el peso que las memorias históricas del pasado siguen teniendo en la relación bilateral y en las actitudes de las poblaciones de estos países respecto a Alemania. El análisis de los niveles psicológicos sirve de base para intentar describir las percepciones sobre Alemania, su evolución y en qué medida estas percepciones sobre Alemania y los alemanes han influido o influyen en la posición de los partidos políticos de estos países respecto de la integración en la Unión Europea.

En un cuarto apartado se intenta, por último, establecer algunas líneas o tendencias de lo que puede ser el futuro de los países candidatos, una vez se hayan integrado en la Unión Europea, desde la perspectiva de su relación con Alemania.

Evidentemente, este análisis no está exento de dificultades y de incertidumbres. Las incertidumbres provienen no sólo de la fragilidad de los datos estadísticos o

demoscópicas a la hora de intentar identificar sentimientos y percepciones colectivas, sino sobre todo del carácter variable y del rápido cambio al que están sometidas las percepciones y las sensibilidades colectivas de unos países sobre otros. Un dato constante que aparece en todas las encuestas sobre la actitud de las poblaciones de los países centroeuropeos ante Alemania es el hecho de que conforme los encuestados se encuentran entre los segmentos más jóvenes de la población, sus percepciones respecto de Alemania son menos complejas y más positivas que las de los segmentos de población de mayor edad. Por otra parte, muchas de las percepciones más firmemente asentadas – como, por ejemplo, el de la existencia de un determinado “modelo alemán” - no dejan de presentar contornos muy imprecisos. Es obvio, que la propia Alemania también se encuentra en un acelerado proceso de transformación de sus estructuras económicas y de su percepción del exterior, por no hablar del cambio profundo que ha significado el paso de las generaciones de políticos que participaron en la guerra o en la postguerra – y en particular, de los largos años de gobierno del canciller Kohl – a la actual coalición de políticos socialdemócratas y verdes, uno de cuyos principales objetivos es precisamente llevar a cabo la “normalización” de la presencia alemana en la Europa del Este y la superación de los lastres de su pasado histórico. Si efectivamente sigue existiendo una *manera alemana* de hacer las cosas, un modelo alemán en su sentido más amplio, éste estaría también hoy influido por el hecho incuestionable de la globalización y de la creciente y positiva internacionalización de las elites económicas, y, en menor medida también de las élites políticas de la República Federal Alemana.

La cierta imprecisión de los conceptos se verifica incluso en el caso del término “países de Visegrado”. Para no pocos observadores, la existencia de una cooperación más estrecha de estos países merecería ser discutida. Y así se ha argumentado que la cooperación ha tenido en todo caso un valor político y simbólico, y mucho menor contenido efectivo. Ciertamente los actos simbólicos pueden también llegar a tener una relevancia notable en las relaciones internacionales, como por ejemplo el hecho de que exista un Foro de once países centroeuropeos, entre los que se incluyen de forma específica Alemania y Austria.

Aunque no ha existido una coordinación de las posiciones negociadoras de los cuatro países frente a la Unión Europea, habiendo prevalecido los principios de diferenciación y de trato individualizado, la cooperación sólo ha sido efectiva allí donde

existían áreas de interés común y en aquellas situaciones, como el caso eslovaco, en el que el apoyo político recibido por parte del grupo de Visegrado ha tenido una importante influencia en la evolución política interna. El apoyo de los otros países centroeuropeos fue decisivo para el cambio político en Eslovaquia y su reorientación hacia una eventual adhesión a la OTAN y la Unión Europea.

Sin embargo, en muchos otros casos los países miembros del grupo de Visegrado no han conseguido obtener el apoyo de los demás miembros para alcanzar sus objetivos específicos. Así, por ejemplo Hungría no consiguió el apoyo de los demás para la adopción de una carta de derechos de las minorías, de la misma manera que Polonia no alcanzó su objetivo de que se iniciara una coordinación de las relaciones con Ucrania y los Países Bálticos. Tampoco Eslovaquia logró que la cuestión de los romaníes, una cuestión también central para algunos de los otros miembros del grupo de Visegrado, entrara en la agenda de las negociaciones con la Unión.

Hasta qué punto para Alemania ha sido útil contar con la existencia del grupo de Visegrado tampoco puede decirse que haya respondido a un patrón uniforme. Es posible que, en el futuro, una vez se produzcan las integraciones, pueda articularse una mayor coordinación de las posiciones de los cuatro países y una más continuada relación multilateral con Alemania, aunque es previsible que las diferencias de población, de desarrollo económico y la creciente diversificación de los intereses estratégicos de estos países, hagan más difícil una mayor coordinación. Desde el exterior, sin embargo, la percepción de un grupo relativamente cohesionado ha sido mayor. Durante estos años no sólo Alemania, también Francia, Gran Bretaña e Italia han establecido contactos con el conjunto de los países que han formado parte de los países de Visegrado. Por otra parte, otros países candidatos del Centro y Este de Europa han expresado su interés en entrar a formar parte del grupo o de establecer una relación habitual con él.

2. ¿UNA COMUNIDAD DE INTERESES ENTRE ALEMANIA Y SUS VECINOS CENTROEUROPEOS?

Hay varios modelos diferentes que han sido utilizados a la hora de intentar describir la nueva situación creada después de la caída del muro y los acontecimientos

de los años 1989/90, que han modificado radicalmente el contexto general de las relaciones de Bonn y Berlín con Varsovia, Praga, Budapest o Bratislava. Una colección de artículos de políticos y expertos polacos y alemanes aparecido en 1993 con el título “*Feinde werden Freunde*” (los enemigos se convierten en amigos) refleja una buena parte de los argumentos principales que se han utilizado desde el fin de la guerra fría¹.

Una primera explicación parte de la idea de que el objetivo implícito de Alemania ha sido sustituir la “Ostpolitik” - la política de apertura al Este de los años setenta y ochenta - por una “Europapolitik”, una estrategia europea, en la que Alemania aparecería como el patrocinador principal del camino de estos países hacia la Unión Europea. Otros intentos de interpretación parten de la idea de una “comunidad de intereses”, desarrollada sobre todo en el caso de la compleja relación germano-polaca; o también el modelo de Alemania como un “poder civil” en la Europa Central y del Este.

Posiblemente el esquema más frecuentemente utilizado en el debate interno polaco sea la noción de la *comunidad de intereses*, una idea que fue concebida inicialmente por el primer Ministro de Asuntos Exteriores polaco no comunista, Krzysztof Skubiszewski.

El elemento central de esta comunidad de intereses conjunta entre Alemania y Polonia sería la convergencia de los objetivos exteriores de ambos países después del fin de la guerra fría. Tras de los cambios históricos del año 1989, los países centroeuropeos llevaron a cabo una profunda reorientación de su política exterior en dirección a la integración con el Oeste, un desarrollo que ha sido percibido como favorecedor tanto de los intereses polacos, checos y húngaros como de los intereses estratégicos alemanes. Por primera vez, la política exterior checa o polaca podía contar después de 1989 con Alemania como común aliado.

Esta comunidad de intereses tiene su origen en el éxito de la unificación alemana y su vinculación con la reorientación occidental de los países centroeuropeos. Sin los movimientos disidentes en Polonia, en la República Checa y en otros países centroeuropeos, sin “Solidarnosc” y la elección en Polonia de un gobierno no comunista, sin la “revolución rosa” checoeslovaca, la unificación alemana no hubiera

¹ Friedbert Pflüger / Winfried Lipscher (eds.), *Feinde werden Freunde*, Bonn: Bouvier 1993.

podido tener lugar. Paralelamente, los experimentos democráticos en Checoslovaquia, en Polonia y en Hungría y la redefinición subsiguiente de sus políticas exteriores hacia Occidente, no habrían podido sobrevivir si no se hubiera producido la caída del muro de Berlín y la unificación de Alemania. Todavía formando parte del pacto de Varsovia en el período 1989/1990, la decidida toma de posición de los Gobiernos polaco, checoslovaco y húngaro en contra de la posición soviética, proclive a la neutralización de Alemania, tuvo un efecto decisivo sobre el voto final de Gorbachov en favor de que la Alemania unificada entrara a formar parte de la OTAN.

Esta comunidad de intereses entre Alemania y los países centroeuropeos se ve reforzada por la confluencia de sus *objetivos estratégicos*. De la misma manera a como la opción estratégica de Alemania en favor de la integración europea supone una opción histórica con el fin de superar el tradicional equilibrio inestable de la situación de Alemania, entre el Oeste y el Este de Europa, similarmente la orientación prooccidental de Polonia y la República Checa debería ser el camino para solucionar el problema de su inestable posición política en el centro de Europa, entre las dos grandes potencias Rusia y Alemania, y asegurar así la estabilidad y la seguridad del Continente. Frente a la política del equilibrio del poder, todavía dominante en los períodos previos a las dos grandes Guerras mundiales, el proceso de integración europea y la integración trasatlántica habrían supuesto una alternativa estratégica que justificaría la emergencia de la *comunidad de intereses*. Esta era en definitiva la oposición del canciller Kohl y de la CDU alemana, por la que se habría llevado a cabo la extensión del concepto original de Adenauer - la inserción de Alemania en la Europa Occidental - a la nueva situación de los países del Centro y Este de Europa. El ejemplo alemán se convertiría así en un cierto modelo de la opción estratégica a adoptar por Polonia, la República Checa, Hungría y Eslovaquia. En este camino hacia la occidentalización del espacio centroeuropeo, Alemania habría adquirido nuevas responsabilidades como elemento central para la seguridad y estabilidad en Centroeuropa. La *comunidad de intereses* vendría a ser la adopción del modelo de integración de Alemania en Europa aplicado a los PECOS. De ser la mayor amenaza, Alemania habría pasado a ser el eje central del nuevo concepto de seguridad polaco. La intensificación del comercio entre Alemania y Polonia y las inversiones directas alemanas en Polonia vendrían a apuntalar esta comunidad de intereses. Fue también el Ministro de Asuntos Exteriores Skubiszewski

quien elaboró la idea de que “el camino de Polonia para Europa pasaba por Alemania”². En realidad, desde los años 70 una corriente de opinión en Polonia entendía que sin el apoyo de una Alemania unificada, no podría llevarse a cabo el retorno de Polonia a Europa. Los argumentos utilizados para fundamentar esta posición no fueron únicamente estratégicos y políticos sino, también y en primer término, culturales e históricos.

Lo mismo ocurriría, aunque con diferentes matices, en los otros países. También en la República Checa, Alemania ha pasado a ser descrita como un socio crucial para la política de seguridad y la economía checas. Ello no excluye que en algunos casos, en determinados sectores políticos checos, por ejemplo, en el ala más nacionalista, la integración en la Unión Europea se haya entendido de forma opuesta, no como una vía para una mayor vinculación e interrelación con Alemania, sino inversamente como una manera de evitar la hegemonía alemana a través de la alianza con el resto de los países europeos occidentales. Esta perspectiva, claramente más crítica respecto a Alemania, tuvo su expresión más acentuada durante los sucesivos gobiernos de Meciar en Eslovaquia.

Un segundo modelo interpretativo sobre la interrelación entre Alemania y sus vecinos centroeuropeos intenta analizar el cambio de perspectiva de la posición alemana. ¿Cuál ha sido la evolución de la situación estratégica alemana desde el fin de la guerra fría? ¿Se ha convertido Alemania en un *poder hegemónico regional*? ¿La reacción alemana después del fin del Pacto de Varsovia ha sido la de utilizar su poder económico para extender sus intereses egoístas y dominar la región? O, por el contrario, ¿la actitud de la República Federal ha sido la de ampliar su opción estratégica respecto a la Europa occidental hacia el Este, es decir, convertir su política respecto a los PECOS en una política europea de integración?

Sin duda la estabilización del conjunto de la región se convirtió en la principal prioridad de la política alemana después de la caída del telón de acero, y la integración del espacio centroeuropeo en la Unión Europea y en la OTAN han pasado a ser no sólo un instrumento de la política exterior alemana, sino un objetivo en sí mismo.

² Krzysztof Skubiszewski, “Polen und Deutschland in Europa an der Schwelle des 21. Jahrhunderts”, en: Hans A. Jacobsen / Mieczyslaw Tomala (eds.), Bonn-Warschau 1945-1991. Die Deutsch-Polnischen Beziehungen. Analyse und Dokumentation, Köln: Wissenschaft und Politik 1992, págs. 518-523

Desde la unificación alemana, las relaciones entre Alemania y Polonia han sido transformadas radicalmente; la vieja Ost-Politik hacia Polonia ha sido sustituida por la perspectiva que había dominado la política exterior alemana respecto a la Europa occidental. La tesis en este contexto es que la experiencia alemana de participación en el proceso de creación europea haría imposible un planteamiento hegemónico por parte de Alemania en el Este. En la medida en que Alemania a través del proceso de integración ha identificado sus intereses nacionales con los intereses europeos la opción de una hegemonía política de la Alemania unificada en el espacio centroeuropeo habría dejado de ser una posibilidad real³.

Es interesante observar que esta opinión, hoy mayoritaria en la literatura, no fue compartida de forma general a principios de los años noventa. En la primera época después de la unificación alemana Andrei Markowits y Simon Reich, por ejemplo, mantuvieron la tesis de que Alemania podía utilizar su posición central en la Unión Europea para llevar a cabo una política de hegemonía en relación a los países del Centro y Este de Europa⁴. Conforme avanzaba la década, las opiniones más negativas respecto a la posible influencia alemana en la región fueron reemplazadas por análisis más optimistas sobre la política real que ha estado llevando a cabo en los últimos diez años el Gobierno alemán. El abierto apoyo de Alemania a la integración de los PECOS en la Unión Europea y en la OTAN fundamentaría la idea de que en vez de haber seguido una política de intereses individuales en la región, la República Federal habría actuado como un “*poder civil*” y no como un poder hegemónico⁵. De forma paralela a su estrategia respecto a la Comunidad Europea, Alemania habría optado por ejercer su influencia a través de medios no coactivos, como la cooperación económica y financiera y los intercambios culturales.

En realidad, el punto central del debate en estos momentos no es tanto la posibilidad de que Alemania pueda seguir constituyendo una amenaza para sus vecinos del Este, sino más bien si existen las condiciones necesarias para que llegue a emerger

³ Günther Hellmann, “Die prekäre Macht: Deutschland an der Schwelle zum 21. Jahrhundert”, en: W.-D. Eberwein / Karl Kaiser (eds.), Deutschlands neue Außenpolitik. Band 4. Institutionen und Ressourcen, München / Oldenbourg 1998, págs. 268-277.

⁴ Andrei S. Markovits / Simon Reich, “Should Europe Fear the Germans?”, en: German Politics and Society n° 23, 1991, págs. 1-20.

⁵ Henning Tewes, “The Emergence of a Civilian Power: Germany and Central Europe”, en: German Politics, vol. 6, n° 2, agosto 1997, págs. 95-117.

un vínculo privilegiado. Para que llegara a establecerse esta relación más estrecha entre Alemania y los PECOS haría falta no sólo una convergencia de los intereses comunes, sino sobre todo la superación definitiva de las memorias históricas negativas, que todavía influyen las posiciones ideológicas internas, sobre todo en Praga, Varsovia y Bratislava. A ello se añade como factor incluso más decisivo la asimetría en las relaciones, provocada por la desproporción existente entre el peso económico y político de Alemania frente al de sus vecinos centroeuropeos.

3. EL PAPEL AMBIVALENTE DE LA MEMORIA DEL PASADO

El peso de la memoria histórica respecto de Alemania es diferente en cada uno de los países centroeuropeos. Los dos países más afectados por los recuerdos negativos de la guerra son Polonia y la República Checa. Por su propio peso demográfico y por la mayor sensibilidad polaca respecto a cuestiones tales como el reconocimiento por parte de Alemania de la línea Oder-Neiße como frontera entre los dos países, las reparaciones por los crímenes nazis, y el recuerdo del holocausto, la normalización de las relaciones de Alemania con Polonia ha sido un objetivo primario de la política exterior alemana ya desde los años 80, y en mayor medida todavía de cara a la integración de Polonia en la Unión Europea. La dimensión europea ha jugado un papel más preeminente en la relación con Polonia que con la antigua Checoslovaquia, o por supuesto con Hungría, donde el elemento decisivo ha sido el pasado histórico *común*. Para los checos, la relación con Alemania depende en gran medida de la cuestión de la identidad de la nación checa, esto es, de la construcción de una identidad política propia después de la desaparición de cualquier idea vinculada a la antigua noción del “Reich” o su continuación en la idea de “Mitteleuropa”.

Paradójicamente, a causa de la mayor sensibilidad de la relación con Polonia, el debate sobre el peso de la memoria histórica ha tenido lugar en Polonia veinte años antes que en la República Checa. Por ejemplo, los documentos más importantes de la Comisión germano-polaca encargada de realizar una revisión de los libros de texto para los colegios, con el fin de facilitar la trasmisión de una pedagogía favorable a la idea de la reconciliación entre los dos países, fueron ya publicados en los años 70, mientras que

la Comisión conjunta germano-checa de historiadores no comenzó sus trabajos hasta la primavera de 1990.

Desde la perspectiva alemana, la percepción de sus vecinos centroeuropeos deriva de las diferencias del pasado histórico. Durante gran parte del siglo XIX y XX para los círculos conservadores y nacional-liberales en Alemania la población checa fue considerada como un grupo étnico perteneciente a la nación alemana. Hungría fue considerada como un grupo nacional autóctono, pero fuertemente vinculado a la idea del “Reich”, mientras que la actitud respecto a Polonia cambió drásticamente a lo largo del siglo XIX desde el entusiasmo liberal por las gestas heroicas de la nación polaca en pos de su libertad, hasta lo que llegó a denominarse “Polenverachtung”, desprecio de Polonia, durante el primer tercio del siglo XX. Incluso la política nazi respecto a Polonia y la República Checa fueron diferentes, habiéndose pospuesto la “solución final” en relación a los judíos checos hasta después de la guerra. Por ello la conciencia de culpabilidad de la República Federal Alemana ha sido mucho mayor en relación con Polonia que con la República Checoslovaca. Por otra parte, desde la perspectiva alemana el mayor punto de fricción con los PECOS, y en particular con la República Checa, ha sido el constituido por la expulsión y el desplazamiento de las minorías alemanas que vivían en los países centroeuropeos (los “Sudetendeutschen”), más de tres millones de personas, después del fin de la guerra.

Otro factor importante fue el carácter de la relación durante el período comunista. La existencia de movimientos de oposición en Polonia desde los años 60 hizo posible el establecimiento de contactos más fluidos entre Bonn y Varsovia, incluyendo un diálogo fructífero, aunque no exento de controversias, sobre la culpabilidad histórica de Alemania. Por el contrario, después de la primavera de Praga del 68 la vuelta a un sistema ideológicamente más rígido en Checoslovaquia impidió una liberalización de los contactos con Alemania. La menor presencia de Hungría en la memoria colectiva de los alemanes después de la guerra, también hizo que las relaciones políticas fueran más reducidas que con Polonia, a pesar de la relativa mayor importancia de la relación comercial y económica. Como consecuencia de todo ello, en 1989 las relaciones bilaterales de estos países con Alemania provenían de contextos muy distintos.

El peso de la memoria histórica del pasado y la culpabilidad histórica de Alemania ha sido por tanto muy diferente en unos y otros países. Polonia ha ocupado una posición similar en la necesidad de reconciliación germano-polaca a la que en su momento, en el origen de la Comunidad europea, pudo tener la reconciliación con Francia. Por otra parte, si el debate sobre Alemania en Polonia y en la República Checa ha estado fuertemente influido por las memorias del pasado histórico, el nuevo Gobierno de coalición socialdemócrata-verde en Alemania ha intentado romper con una política exterior respecto a estos países excesivamente dominada por la conciencia de una culpabilidad alemana. La rapidez con que el nuevo Gobierno puso punto final a la discusión sobre las compensaciones económicas por los trabajos forzados a los que se vio sometida una parte de la población de estos países durante el régimen nazi, fue interpretada en Polonia y en la República Checa como un intento por parte de Alemania de desembarazarse de los pesos del pasado.

De esta manera en los últimos años se ha producido un cierto cambio de las líneas centrales del debate. Mientras que inicialmente en Polonia, durante el período de 1990 a 1993, existía una clara inquietud respecto a las cuestiones relacionadas con la reconciliación con Alemania y el reconocimiento de las fronteras de postguerra, el período que va desde 1993 a 1998 estuvo caracterizado por la retórica de la normalización y un mayor énfasis en los temas de integración europea. Paradójicamente, en el último período, desde la llegada al poder del nuevo Gobierno de coalición, se ha producido una tendencia hacia la *rehistorización* de las relaciones polaco-alemanas y a la sensación de que se ha producido un cierto parón en el proceso de reconciliación mutuo.

En la República Checa, el pasado histórico tuvo influencia en el debate interno checo sobre todo durante los años 1990 a 1997, hasta que se consiguió un tratado de normalización (la Declaración Conjunta de 1997) con Alemania y, posteriormente, en marzo de 1999, el Acuerdo Zeman/Schröder. La actitud respecto a Alemania está más caracterizada que en los otros países por las posiciones políticas internas, desde una posición muy negativa en los círculos más radicales de derecha e izquierda, hasta una actitud más constructiva en los partidos del centro y la derecha.

En Eslovaquia, las cuestiones relacionadas con la memoria histórica han sido mucho menos conflictivas. En general prevalece una actitud positiva sobre Alemania y los alemanes, que únicamente se ve ensombrecida por los recelos de que Alemania pueda apoyar las posiciones húngaras frente a Eslovaquia.

Por último, en Hungría, frente a lo que ocurre con Polonia las cuestiones relacionadas con el pasado histórico no han tenido una influencia importante. No en vano Hungría fue fundamentalmente un aliado de Alemania durante la guerra. La inquietud por una hegemonía alemana no ha sido una fuente principal de preocupación en Hungría. Sin embargo, la excesiva dependencia económica respecto de Alemania sí que ha sido una de las motivaciones principales a favor de la adhesión futura a la Unión Europea en todos los países centroeuropeos.

4. LAS PERCEPCIONES SOBRE ALEMANIA Y LA POSICIÓN DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS RESPECTO A LA INTEGRACIÓN EN LA UNIÓN EUROPEA

La percepción sobre Alemania ha tenido influencia en la actitud de los países centroeuropeos respecto a la Unión Europea. Como ya se ha señalado, durante los primeros años de la década de los noventa el papel de la historia continuó siendo un factor crucial en las percepciones polacas sobre Alemania y en las posibilidades de desarrollo de una cooperación bilateral más intensa. En 1992 un 60% de la población polaca creía que el pasado había tenido un efecto negativo sobre la posible creación de una alianza más estrecha entre Varsovia y Bonn. Sólo el 21% pensaba que el pasado histórico no constituía un factor significativo y únicamente un 18% consideraba que la historia podía tener un impacto positivo en la relación mutua. Sin embargo, a pesar del papel de la memoria histórica, al mismo tiempo no menos del 64% de los encuestados estimaba de forma optimista las posibilidades de desarrollo futuro de una alianza más estrecha entre Polonia y Alemania. En su conjunto, las encuestas llevadas a cabo durante estos años confirman que una percepción negativa sobre el pasado no excluía expectativas más optimistas sobre el futuro. Por otra parte esta percepción no ha obviado la utilización, en cierta manera *instrumental*, del papel histórico de Alemania. Por ejemplo, en la investigación que se llevó a cabo en julio de 1998 entre las elites polacas, la mayoría (el 68%) era de la opinión que las injusticias históricas sufridas por

la población polaca a manos de los alemanes obligaba a éstos a actuar como abogados principales de Polonia en su objetivo de integración en la Unión Europea⁶.

Otro acontecimiento decisivo en la percepción mutua fue la reunificación alemana. La actitud de la opinión pública polaca respecto a la unificación alemana estuvo inicialmente fuertemente marcada por la reaparición de la cuestión de las fronteras. En los diez puntos del plan de reunificación del canciller Kohl el reconocimiento de la línea fronteriza formada por los ríos Oder y Neißة no estaba incluido. En ese momento emergieron recelos y temores ante una posible reaparición de la amenaza alemana. Las encuestas realizadas entre 1989 y 1990 muestran que el problema del reconocimiento de la línea Oder-Neißة creaba incertidumbres y rechazo entre la población polaca ante el futuro de sus relaciones con Alemania. En febrero de 1990, poco después de hacerse público el plan de reunificación del canciller Kohl, el 83% de los polacos era de la opinión que la seguridad de Polonia podía quedar comprometida una vez que la reunificación de Alemania se llevara a cabo. En esa misma época la cuestión de la reunificación prácticamente dividía a la opinión pública en Polonia: 41% consideraba que los alemanes tenían un derecho a reunificarse, mientras que el 40,7% rechazaba esta percepción. Sin embargo, las encuestas posteriores, realizadas una vez efectuada la unión de las dos Alemanias en octubre de 1990, demostraron una clara disminución de los recelos respecto a Alemania: el 29% consideraba que la reunificación era un desarrollo favorable para Polonia y el 50% no era de esta opinión.

Según muestran diversas encuestas, la percepción general de la población polaca sobre los alemanes es ambivalente. Por una parte, Alemania y el modelo alemán son respetados y envidiados por su eficiencia y su potencia económica, pero por otra, no existe un sentimiento de confianza o de afecto entre la mayoría de los polacos hacia sus inmediatos vecinos occidentales. Ahora bien, desde 1990 el número de personas con actitud positiva frente a los alemanes ha aumentado, aunque desde 1996 se señala una

⁶ Vladimir Handl / Marcin Zaborowski, Comparative Czech and Polish Perspectives and Policies on the Eastern Enlargement of the EU and The Prominence of the German Factor, ESRC-IGS Discussion Paper n° 13, Institute for German Studies, University of Birmingham, 2000. Vid. también Report on the Workshops "Germany and the Visegrad countries: Between partnership and Dependence?", organizado por varios Institutos de cuestiones internacionales, Bratislava 19-21.5.2000.

cierta estabilización de este dato. También cuanto más joven sea la persona encuestada, más positiva es su actitud respecto a la República Federal.

Estos diez años han sido por tanto muy importantes para superar recelos e incomprendiones. Todavía en una encuesta llevada a cabo en 1990 por la revista alemana “Der Spiegel” las percepciones negativas de la población polaca sobre los alemanes crearon una cierta alarma, con más del 50% de los ciudadanos polacos declarando que no les gustaban sus vecinos occidentales, el 41% mostrándose indiferentes y únicamente un 9% manteniendo una actitud positiva. En esta misma encuesta el 59% de los preguntados creían que Alemania era una amenaza para Polonia y únicamente el 41% rechazaba esta opinión. Las estadísticas publicadas posteriormente por el servicio polaco de comunicación sobre las apreciaciones de la población polaca respecto a varios países muestran que en el período de 1993 a 1996 la percepción de Alemania y los alemanes mejoró considerablemente. Mientras que en 1993 el 53% se manifestó negativamente sobre los alemanes y únicamente el 23% tenía una opinión positiva, en 1996 el 43% declaraba que los alemanes les caían bien y sólo el 31% manifestaba tener una percepción negativa, con un 23% que permanecía indiferente.

Paradójicamente, esta opinión crecientemente positiva no ha seguido aumentando en la opinión pública desde 1996. Aunque la mayoría de los polacos, por poner un ejemplo concreto, piensa que los alemanes están obligados moralmente a apoyar a Polonia en su adhesión a la Unión Europea y a la OTAN, no menos del 90% piensa hoy en día que en realidad el apoyo alemán a estos paralelos procesos de integración está motivado por el interés propio y no por una genuina comunidad de intereses⁷.

Otro ejemplo interesante sobre la percepción mutua entre los dos países se refiere al reconocimiento del derecho a la minoría alemana a recibir enseñanza en su propio idioma. Únicamente el 19% de la población polaca está de acuerdo con esta idea y es de la opinión de que esta enseñanza debiera ser subvencionada por el Estado; el 64% apoya la enseñanza en el propio idioma, pero rechaza que sea pagado con dinero público (la minoría alemana debería ser la que pagara la enseñanza en alemán), y

⁷ Handl / Zaborowski, Comparative Czech and Polish Perspectives, págs. 26 ss.

solamente el 10% rechaza completamente esta idea. Desde 1996 la percepción positiva sobre Alemania ha empeorado, pasando del 43% en 1996 al 32% en 1998, a la vez que las respuestas negativas frente a Alemania se incrementaban desde el 31% en 1996 hasta el 39% en 1998.

Paralelamente durante este mismo período el apoyo de la opinión pública polaca a la adhesión a la Unión Europea ha bajado desde el 72% en agosto de 1997 hasta sólo el 54% en julio de 1999. Sin embargo, no parece que estas dos tendencias se hallen unidas por un nexo de causalidad. La actitud más recelosa respecto al proceso de integración se explica fundamentalmente por el inicio de las negociaciones y el creciente conocimiento público de los costes reales de la adhesión a la Unión Europea. De la misma manera, el empeoramiento de la actitud de la población sobre la República Federal fue mayoritariamente influida por el incremento de las demandas de restitución de tierras por parte de ciudadanos alemanes contra el Estado polaco y contra propietarios individuales, un incremento que tuvo lugar durante el período 1997/1998.

Sin embargo, la percepción de Alemania no es totalmente independiente de la actitud hacia la Unión Europea. Aunque el euroentusiasmo o euroescepticismo de la opinión pública polaca no pueda medirse por un solo factor, existe evidencia suficiente para afirmar que la percepción de la opinión pública sobre Alemania es una de las razones principales que influyen en la actitud ante la Unión Europea. En las encuestas llevada a cabo en marzo de 1998 se confirmó que únicamente el 45% de los polacos que tenían una percepción negativa de Alemania eran partidarios de la adhesión a la Unión Europea, mientras que la estadística para aquellos que tenían una percepción positiva de Alemania era del 87%. En general, estos análisis mostraron que la percepción sobre la actitud respecto a Alemania era la tercera variable en importancia, junto a la opinión general sobre la Unión Europea y la experiencia personal que se hubiera tenido de la Europa occidental.

En conclusión, puede afirmarse por tanto que la percepción de la opinión polaca sobre Alemania como país es más favorable que sobre los alemanes y sobre las diferentes formas de expresión del poder – económico, político - de Alemania. Tanto en Polonia como en la República Checa prevalece una actitud muy pragmática y en cierto sentido *oportunist*a. Tanto polacos como checos quieren beneficiarse económicamente

de sus vecinos alemanes, y a la vez mantienen una cierta actitud recelosa frente a ellos. Ello destaca frente a la actitud mayoritaria en Hungría, en la que Alemania es percibida como el país más próximo y los productos alemanes son preferidos a los americanos y japoneses.

Llama la atención asimismo el hecho de que Rusia juegue únicamente un papel significativo en el caso de las relaciones entre Alemania y Polonia. En las relaciones con otros países centroeuropeos no es un factor relevante. El elemento principal de la discusión con estos países es la integración en la Unión Europea, en donde Rusia no juega un papel preponderante, aunque siga siendo uno de los elementos principales a tener en cuenta a la hora de analizar los objetivos implícitos en toda formulación de la política exterior alemana.

En cuanto a la posición de los partidos del arco parlamentario en Polonia sobre la Unión Europea puede decirse que es positiva en su conjunto, con la única excepción del Partido Agrario, la Alianza Popular Polaca (PSL) y el ala nacional-cristiana del partido de centroderecha Acción Electoral “Solidaridad” (AWS). Existe un consenso a través de la mayoría de los partidos, en el sentido de que la adhesión a la Unión Europea será beneficiosa para Polonia. Paradójicamente entre los líderes políticos con mayores recelos hacia Alemania, sobre todo los nacional-cristianos integrados en la Acción Electoral “Solidaridad”, se encuentran los más firmes partidarios de la integración en la OTAN. Desde esta perspectiva la OTAN y una fuerte presencia de los Estados Unidos en Europa significan las mayores salvaguardas contra los posibles excesos del poder alemán y del dominio alemán sobre la Unión Europea. Uno de los principales líderes de este sector, Henryk Goryszewski argumentaba por ejemplo que “Europa después de Maastricht estará dominada por Alemania mientras que en la OTAN existe la fuerte presencia de los americanos”, los únicos capaces de establecer un equilibrio frente a la influencia alemana. El líder de este grupo, Marian Pilka, expresaba esta misma idea en una entrevista de 1997, al afirmar que “Polonia debería oponerse al desarrollo supranacional de la Unión Europea que llevará al aumento del poder del Estado miembro más poderoso, Alemania, y en consecuencia, a la pérdida de nuestra soberanía”; “la europeización de la NATO lleva a un aumento del poder alemán, un

proceso que puede hacer que el Este y el Centro de Europa se conviertan en una esfera de influencia alemana”⁸.

Sin embargo, ninguno de los partidos se opone abiertamente a la adhesión a la Unión Europea, aunque las condiciones de la adhesión, así como el futuro de la Unión han comenzado a dividir a la opinión pública polaca. El AWS que sigue siendo una federación de cuatro partidos grandes y un conjunto de asociaciones electorales más pequeñas, defendió en la campaña electoral de 1997 la idea de una Europa de las Naciones. El sector más euroescéptico del AWS ha defendido condiciones muy estrictas que debían ser cumplidas antes de que Alemania se adhiriera a la Unión Europea. Por ejemplo, se exige que el mercado inmobiliario en los territorios polacos que habían sido alemanes antes del fin de la guerra deberían ser controlados por el Ministerio de Interior y la posibilidad de comprar una segunda residencia por otros ciudadanos de la Unión debería ser restringida únicamente a aquellas personas con familiares en Polonia capaces también de hablar el idioma polaco. A pesar de que el líder del AWS, Marian Krzaklewski, ha rechazado de forma categórica la idea de unos Estados Unidos de Europa, el Gobierno del AWS no ha dudado en llevar a cabo una serie de difíciles reformas estructurales, con el fin de posibilitar la adhesión a la Unión Europea.

Frente a la idea de la Europa de las Naciones propagada por el AWS, el partido SLD, post-comunista, defendió durante la campaña electoral de 1997 la noción de una Europa como patria de las naciones, en un sentido más profederal. En otra serie de declaraciones del SLD se proyectó la imagen de un partido socialdemócrata favorable a Europa. Sin embargo, el desarrollo futuro del SLD sigue siendo incierto. Como las experiencias de gobierno de coalición entre el SLD y el partido agrícola, la Alianza Popular Polaca (PLS), muestran, los socialdemócratas polacos se están convirtiendo en un partido más pragmático que ideológico. También la proximidad del SLD hacia los intereses empresariales lo aparta de posiciones socialistas clásicas. Esta alianza con los sectores empresariales no implica necesariamente que el SLD sea más pro-europeo. De hecho, el lobby industrial, sintiéndose en ocasiones amenazado por la competencia desde la Unión Europea, ha sido partidario, junto con el SLD, de adoptar una posición más proteccionista frente a Bruselas. El SLD también se muestra inquieto frente a las

⁸ Ibid., pág. 35.

posibles implicaciones de la adhesión a la Unión Europea en sus relaciones con los otros países del Centro y Este de Europa.

La Unión Liberal (UW) sigue siendo el más *euroentusiasta* del conjunto de los partidos políticos polacos. Frente al AWS y el SLD la Unión Liberal ha considerado en primer término a la Unión Europea como una organización política y no solo económica. Ahora bien, incluso los miembros más pro-europeos dentro de la Unión Liberal siguen creyendo que el Estado nacional seguirá siendo un componente esencial de la integración europea.

El Movimiento para la Reconstrucción de Polonia (ROP), partido de centro-derecha de uno de los anteriores primeros ministros, Jan Olszewski, es favorable a una participación constructiva en la Unión Europea, pero sin desdeñar la defensa de los intereses nacionales. Por último, el PSL sigue siendo el partido con el mayor potencial de rechazo a la adhesión a la Unión Europea. Debido a su fuerte vinculación con intereses locales y particularmente agrícolas, la actitud del PSL depende en gran medida también del futuro de la negociación sobre el capítulo agrícola⁹.

En definitiva puede decirse que Alemania ha ocupado una posición preeminente en la percepción de la población polaca y también de los sucesivos gobiernos desde 1989. Aunque en la lista de los objetivos estratégicos de Polonia, Alemania aparece habitualmente junto a otros grandes países europeos como Francia, Gran Bretaña e Italia y siempre después de los Estados Unidos, la República Federal es el país que aparece más frecuentemente mencionado dentro del contexto de la formulación de la política exterior polaca. Desde el punto de vista de la política exterior polaca son tres las líneas que marcan esta relación. Por una parte una alianza estratégica en cuestiones de seguridad y económicas. En segundo lugar, lo que se ha denominado el “triángulo de Weimar”, que persigue establecer relaciones estrechas entre Polonia, Alemania y Francia. Con los sucesivos gobiernos polacos esta coalición con Francia y Alemania ha sido utilizada sobre todo como vehículo para coordinar cuestiones de seguridad y la política europea de cara a Rusia y a Ucrania. Por último, en tercer lugar, la política exterior polaca se ha orientado en torno a una cooperación bilateral con Alemania para

⁹ Marcin Zaborowski, Poland, Germany and EU enlargement. The Rising Prominence of Domestic Politics, Discussion Paper C51, Center for European Integration Studies, Bonn, 1999

promover la adhesión de la Unión Europea de Polonia a través de diferentes niveles: encuentros parlamentarios, cooperación ministerial, intercambios de jóvenes y estudiantes, relaciones regionales transfronterizas y reuniones formales regulares entre los Primeros Ministros y entre los Presidentes Regionales. Dentro de estos diferentes niveles de cooperación se han ido creando toda una serie de estrategias comunes para la protección común de las fronteras, la lucha contra el crimen transfronterizo y la inmigración ilegal.

Para la población checa la dimensión histórica refleja el modelo tradicional de competencia entre checos y alemanes en Bohemia y Moravia. Las relaciones frecuentemente conflictivas entre checos y alemanes en el pasado, ensombrecidas por el nazismo, la guerra y la posterior expulsión y desplazamiento de las minorías alemanas influyen todavía hoy en las percepciones de los checos respecto a Alemania. No en vano la identidad nacional checa se ha definido en gran medida “frente a” los alemanes. En el centro de las no siempre fáciles relaciones entre ambos pueblos se encuentra la cuestión de la minoría alemana (los Sudetendeutschen) y las reclamaciones históricas abiertamente expresadas hace años por el sector más radicalizado de esta minoría (la “Sudetendeutsche Landsmannschaft”) con un cierto apoyo por parte de la CSU alemana.

Durante la segunda mitad de la década de los 80, la población checoslovaca en su mayoría había superado en gran medida los prejuicios históricos frente a Alemania. Sin embargo, la reacción inicial ante el proceso de reunificación alemana fue cauteloso, a causa fundamentalmente de las algo confusas reacciones internacionales y sobre todo de las iniciales maniobras políticas alemanas en relación con la frontera Oder-Neiße. En febrero de 1990 el 36% de los ciudadanos checoslovacos era partidario de retrasar la reunificación alemana y el 29% era contrario a la reunificación. En ese momento una Alemania unificada era percibida como una amenaza para Checoslovaquia (con un 45% de síes y un 46% de noes) y como una amenaza también a Europa (44% sí, 44% no). De nuevo como en el caso polaco, la experiencia de la Alemania unificada ha reforzado gradualmente la confianza en su papel en la región, de manera que en 1998 el 47,4% de la población era de la opinión que la reunificación alemana había tenido un efecto

positivo en el desarrollo de la República Checa y de Europa (el 67,6%), siendo las respuestas negativas respectivamente el 29,8% y el 16,9%¹⁰.

Lo característico en la actitud de la población checa frente a Alemania es una clara distinción entre lo que son las expectativas checas respecto al futuro de las relaciones oficiales germano-checas y la percepción popular e inmediata de los alemanes. El 70,6% de la población checa piensa que las relaciones mutuas han mejorado desde noviembre de 1989 y el 61% es de la opinión de que el estado actual de las relaciones es bueno. A la vez que se entiende que las relaciones con Alemania han mejorado, sin embargo la percepción popular respecto a los alemanes es mucho menos positiva, situándose el grado de aceptación en el punto aproximadamente intermedio de la escala (en la década de los noventa aproximadamente del 45% al 49% de la población checa se mostraba con una actitud favorable hacia los alemanes). De forma muy significativa, en la percepción checa de Alemania se ha ido desarrollando una cierta polarización, de manera que en 1995 el 51% de la sociedad checa manifestaba su confianza sobre Alemania, mientras que el 47% seguía desconfiando de sus actitudes políticas. En 1999 el 46,7% de la población consideraba que Alemania era un país estable sin problemas políticos internos, mientras que el 44,4% todavía veía sombras en la realidad política alemana. Para una mayoría del 64,3% Alemania era el país más influyente en Europa.

Esta tendencia a disociar por una parte la visión oficial, crecientemente positiva respecto a Alemania, de la actitud más popular e inmediata ha permanecido sin mayores variaciones desde el principio de la década de los 90. Las actitudes frente a Alemania son más positivas dependiendo de los sectores de edad (una actitud más favorable entre los sectores más jóvenes y dinámicos), y el status económico y cultural, coincidiendo la opinión más favorable con el espectro político de derecha.

La propia inseguridad de la ciudadanía checa respecto al sentimiento nacional y los recelos generados tras la división de Checoslovaquia, propiciaron una actitud inicial bastante xenofóbica. Sin embargo, con el paso del tiempo las actitudes negativas

¹⁰ Handl / Zaborowski, *op. cit.*, págs. 23 ss. Cfr. también Anne Bazin, Germany and the Enlargement of the European Union to the Czech Republic, European University Institute Working Papers, No. 99/21, Robert Schuman Centre, Florencia, 1999.

respecto a las minorías residentes en la República Checa han ido disminuyendo, incluyendo las percepciones respecto a la minoría alemana. Más problemático parece el hecho de que los líderes políticos checos no hayan sido capaces de transmitir a la opinión pública (exceptuando sin duda el caso del presidente Vaclav Havel) la imagen de una Alemania moderna y comprometida con el desarrollo supranacional de la integración europea y el multilateralismo. Tanto Alemania como Europa siguen siendo percibidos de una manera bastante tradicional.

Similarmente a la situación en Polonia, también en la República Checa el apoyo popular a la adhesión a la Unión Europea ha ido reduciéndose en los últimos años. Pasó del 66% en mayo de 1993 al 58% en noviembre de 1998, y a únicamente el 35% en noviembre de 1999. Aunque las estadísticas son sólo relativamente fiables (otras encuestas diferentes sitúan el apoyo de la población checa en torno al 45% en junio de 1999), no deja de indicar una grave falta de información sobre la Unión Europea en general y sobre las perspectivas de la ampliación en particular.

En relación con la percepción de Alemania y su vinculación con la adhesión a la Unión Europea, el cambio de la opinión pública checa ha sido significativo. En 1995 diferentes análisis mostraron que la población checa hacía depender su apoyo a la adhesión a la Unión Europea de la resolución de una serie de cuestiones históricas con Alemania, considerada como el Estado dominante de la Unión Europea. Durante las fases más difíciles de las negociaciones checo-alemanas sobre la Declaración bilateral de 1996 el apoyo popular a la adhesión a la Unión Europea descendió hasta el 42% y el rechazo a la adhesión creció hasta el 21%, siendo el 35% los que no se pronunciaron sobre esta cuestión. Las actitudes negativas actuales sobre la adhesión a la Unión contrastan, sin embargo, con una evaluación cada vez más positiva de las relaciones checo-alemanas, sobre todo a partir del acuerdo firmado entre el canciller Schröder y el primer ministro Zeman en marzo de 1999 sobre las cuestiones de reclamación históricas checo-alemanas. Se demuestra que, como en el caso polaco, la vinculación inicial entre el apoyo popular a la adhesión y la continuación de los recelos y desconfianzas frente a Alemania han sido superadas con el paso del tiempo. Es posible sin embargo que Alemania siga actuando como un factor de diferenciación en la sociedad checa. Por una parte, no se acaba de dejar de percibir a Alemania como una amenaza potencial y, por

otra, aparece como el vínculo más importante con las estructuras occidentales europeas y euroatlánticas.

En lo que hace referencia a los partidos políticos, existe un consenso básico a través de todo el espectro político checo que se fundamenta en los acuerdos de postguerra, incluyendo la irreversibilidad de la expulsión de la minoría alemana, la validez legal de los decretos del presidente Benesch de 1940/1945 confiscando las propiedades pertenecientes a estas poblaciones, la ilegalidad del acuerdo de Munich y la compensación por las víctimas del nazismo.

Más allá de estos puntos básicos, existe una actitud polarizada de los partidos políticos checos respecto a Alemania.

Los partidos del centroderecha y centroizquierda están en principio positivamente dispuestos frente a Alemania, mientras que los comunistas (KSCM) y los republicanos de extrema derecha a menudo adoptan una posición anti-alemana. Los partidos del centroderecha, el Partido Democrático Cívico (ODS) de Vaclav Klaus, y la Unión de la Libertad (US), son los que manifiestan una actitud más positiva respecto a Alemania, mientras que socialdemócratas (CSSSD) y agrario-cristianos (KDU-CSL) se sitúan en un término intermedio. Sin embargo, prácticamente todos los votantes, tanto de los partidos de centroderecha como de centroizquierda consideran de forma valorable el desarrollo de la relación checo-alemana.

En realidad, hay una línea divisoria que cruza a través del arco de los partidos políticos respecto a su apreciación de la Alemania moderna y que significa también la división de los partidos políticos checos en relación con la adhesión a la NATO. La mayoría de los partidos parlamentarios (todos excepto el KSCM) son favorables a la adhesión checa, mientras que los partidos radicales de izquierda y derecha (los comunistas dentro del Parlamento y los republicanos fuera de él) son partidarios de la neutralidad. La actitud respecto a la adhesión a la Unión Europea es bastante más compleja: mientras que los republicanos la rechazan, la adhesión encuentra, en principio, el apoyo incondicional de todo el espectro del centroizquierda y centroderecha, incluyendo los cristiano-agrarios, y en principio también el apoyo del KSCM.

La mayoría de los partidos moderados han adoptado una posición positiva sobre la integración europea, incluyendo sus elementos supranacionales y resaltando en particular las cuestiones sociales. Todos estos partidos son favorables a una cooperación extensa con Alemania. Únicamente dentro del partido agrario puede encontrarse un sector de la población que entiende que Alemania todavía no ha encontrado un punto de equilibrio con su pasado histórico.

El partido democrático cívico (ODS), liderado por su carismático líder el primer jefe del gobierno checo Vaclav Klaus, considera que la adhesión europea es la única alternativa viable para la República Checa, pero sin embargo manifiesta una serie de reservas críticas en favor de un desarrollo de la integración más abierto. Para el ODS Alemania es el país clave dentro de la Unión Europea con el que la República Checa por ello debe mantener relaciones de igualdad particularmente intensas.

Por último, los comunistas se han manifestado favorables a establecer buenas relaciones con Alemania; su programa político sin embargo está lleno de inquietud respecto a Alemania. Para los comunistas la Declaración checo-alemana de 1997 fue un intento de cambiar el orden europeo de posguerra y someter a la República Checa bajo el control y la dominación efectiva de Alemania. La expansión de la OTAN estaría dirigida a la extensión del poder de los Estados Unidos y Alemania y la conversión de la República Checa en una zona intermedia, con todos los riesgos que eso llevaría consigo.

Como ya se ha señalado anteriormente, la percepción en Hungría y en Eslovaquia difiere sensiblemente de la existente en la República Checa y en Polonia. Hungría coincide en su interés con los otros países centroeuropeos mencionados por integrarse en las estructuras occidentales, en la OTAN y la Unión Europea, y mantener buenas relaciones con sus vecinos. A ello se añade como uno de los puntos específicos de los intereses húngaros la protección de las minorías húngaras en los países vecinos, y también de sus derechos colectivos. Alemania comparte con Hungría su preocupación por los derechos de las minorías húngaras en los otros países, pero es mucho más cautelosa en lo que hace referencia al posible reconocimiento de derechos colectivos y los proyectos de autonomía de las minorías húngaras. A Alemania se le asigna desde Hungría un papel de intermediación activa en un sistema de regionalismo abierto, donde

Alemania tendría una acción estratégica intermediadora entre la Unión Europea y los PECOS (bilateralismo multilateral de la política alemana).

En Eslovaquia, la situación política interna cambió radicalmente después de la caída de Meciar en 1998. Incluso antes de la división de Checoslovaquia, en determinados círculos políticos se intentó jugar la carta alemana, instrumentalizando los deseos bávaros de desarrollar vínculos directos con Eslovaquia. En Praga es una opinión mayoritaria que determinados círculos de Bavaria y Alemania han apoyado las fuerzas separatistas en Eslovaquia, incluso antes de la división de Checoslovaquia en 1992, con el fin de poder obtener satisfacción de las demandas de los “Sudetendeutschen”. Durante la época de Meciar, Bratislava quiso conseguir una mayor visibilidad de Eslovaquia a través del desarrollo de un vínculo más estrecho con Munich. Sin embargo, Bonn rechazó jugar un papel de defensor de los intereses eslovacos ante la adhesión a la OTAN y fue por ello criticada por el gobierno de Meciar. Frente al período Meciar, la actual coalición de gobierno en Eslovaquia claramente considera a Alemania su primer apoyo a la NATO y la Unión Europea. De manera que desde un punto de vista global puede decirse que las relaciones de Eslovaquia con Alemania han dependido en gran medida de la constelación política en Bratislava.

5. EL FUTURO DE LA RELACIÓN ENTRE ALEMANIA Y LOS PAÍSES DE VISEGRADO EN LA PERSPECTIVA DE LA AMPLIACIÓN

El futuro de las relaciones entre Alemania y Polonia, una vez este país se integre en la Unión Europea, dependerá de un número variado de factores, entre los que pueden destacarse la configuración futura de la Unión Europea y la actitud polaca respecto a las cooperaciones reforzadas y la integración diferenciada, así como cuál será la evolución de Estados Unidos y la Unión Europea en relación al desarrollo de la política europea común de seguridad y defensa (PECSD). Es decir, los dos ejes principales del previsible futuro desarrollo de las relaciones entre Alemania y Polonia dependerá de dos factores: por una parte, la creación de un núcleo central de países centroeuropeos y del Este proclives a la integración, frente al que es previsible que Polonia opte por formar parte del mismo. Y por otra parte, el grado de diferenciación de la política de seguridad común respecto a la OTAN y a la presencia americana en Europa. Polonia será

partidaria de un desarrollo de la PECSD, siempre y cuando sea complementaria con la OTAN; desde la perspectiva polaca, la OTAN debe seguir cumpliendo la función de impedir que el futuro centro de gravitación o núcleo central de la Unión Europea se convierta en un mecanismo que condujera a una hegemonía efectiva de Alemania sobre Polonia y los otros países centroeuropeos.

Si prevalece el modelo puramente intergubernamental, es previsible que los países del Este y Centro de Europa se concentren en cuestiones económicas y en la búsqueda de un incremento de su competitividad. Si no se produce sin embargo una mayor integración en el seno de la Unión Europea entre países grandes y países pequeños, no es impensable que los países grandes buscaran ejercer su influencia fuera de la Unión Europea a través de la creación de un cierto Directorio entre ellos. El otro modelo sería el de los países del Benelux y su estrategia favorable a la integración y a la cooperación más estrecha. Algunas posiciones de mayor convergencia se han ido produciendo entre los PECOS, por ejemplo en lo que hace referencia a las políticas presupuestarias de la Unión Europea, pero sigue habiendo claras diferencias por ejemplo en lo que hace referencia a la política agrícola común, a la política de defensa y otras áreas sustanciales. No existe tampoco una política común definida entre los PECOS en relación a la protección de los derechos de las minorías.

El tercer factor a tener en cuenta en el futuro de las relaciones es la posibilidad de una cierta división del trabajo entre Polonia y Alemania respecto a sus relaciones con el Este de Europa. Polonia deberá encontrar un equilibrio entre sus recelos históricos respecto a Alemania y su participación activa en la política europea si quiere que la “comunidad de intereses” con Alemania se convierta en una colaboración efectiva y equilibrada en relación a los otros países del Este y Centro de Europa.

Hay otra serie de factores que pueden tener también una influencia importante en el futuro. Uno de ellos será sin duda la evolución política interna. Gran parte de las respuestas de la política checa a las posiciones alemanas en materia de integración y seguridad dependerá, en una parte considerable, de la situación política interna en Praga. En el supuesto de que pudiera producirse el retorno de Meciar al poder en Eslovaquia, ello significaría muy probablemente una vuelta al bloqueo de las relaciones de Eslovaquia con la Unión Europea.

Alemania ha sido descrita en algunas ocasiones como el eje modernizador de la región. Su cuota en el comercio exterior con la región y en el conjunto de la inversión extranjera se acerca a un tercio del total. Las exportaciones desde Alemania hacia los diez países candidatos han crecido también de forma permanente hasta alcanzar el 2,6% del producto nacional bruto alemán. Los PECOS se están convirtiendo en un elemento esencial para el crecimiento de la competitividad de la industria alemana, que no ha cesado de establecer una red de subcontratistas en toda la región. En muchos casos por parte de los PECOS se tiene la impresión de que la asimetría en las relaciones comerciales y económicas es excesiva. Sin embargo, todavía se espera de la industria alemana la capacidad de transformar los países del Este y Centro de Europa en una región de desarrollo y crecimiento.

Las relaciones con los países centroeuropeos se verán también fuertemente influidas por las tendencias futuras de la política de integración alemana. Las dos alternativas más probables que se siguen barajando son la de una Alemania europeizada y “normalizada”, o el escenario regresivo de una Europa alemana dominada por Berlín desde el interior de la Unión Europea. Las posibilidades de colaboración serían sin duda mayores en el primer supuesto. Para los analistas alemanes la segunda posibilidad, la de una Europa alemana, podría llegar a darse en su caso como resultado de una crisis económica prolongada en Alemania, lo que reduciría el margen para un mayor avance en la integración. Bajo esas condiciones la opinión pública alemana estaría dominada por la idea del cálculo puramente numérico de intereses, beneficios y pérdidas. El resultado de una crisis económica llevaría previsiblemente a que la Unión Europea se fuera reduciendo a una cooperación puramente intergubernamental, o incluso a un simple área de libre comercio. Una Alemania más nacional dentro de una Unión Europea reducida no representaría un socio en términos equitativos para sus vecinos. Por ello, independientemente de su situación política interna, el apoyo a la integración europea sigue siendo la mejor opción para los PECOS. A medio plazo será importante en qué medida se consolide la existencia de una cooperación más estrecha entre los PECOS y Alemania.

En el futuro es previsible que Alemania persiga la nueva línea iniciada con el Gobierno de coalición socialdemócrata-verde de intentar llevar a cabo la plena “normalización” de Alemania. No parece sin embargo que la superación de los efectos

negativos de la memoria histórica pueda ser superado a toda velocidad en los próximos años, a pesar de que Alemania se haya vuelto más “normal”, más parecida a Francia y Gran Bretaña, en el sentido de poder perseguir sus intereses con menos referencia al pasado. A ello ayuda el hecho de que al ser un actor fuertemente descentralizado y con una estructura pluralista interna, le resulta más difícil proyectar la imagen de una gran estrategia nacional hacia fuera. El resultado es que Alemania opera a través de redes que han ido creando progresivamente un mayor sentido de confianza con sus vecinos centroeuropeos. En este sentido, el modelo alemán no ha sido exportado a través de un método directo y organizado, a través de una coordinación entre el Estado y las empresas, sino más bien a través de transferencias difusas en sectores específicos. No existe de hecho una estrategia coordinada entre el gobierno alemán y las empresas a la hora de intervenir económicamente en los países centroeuropeos. Más que exportar ayuda exterior o incluso productos alemanes, Alemania ha llevado a los países centroeuropeos sobre todo su know-how. Es decir, la relación de Alemania con sus vecinos centroeuropeos no es una relación jerárquica o centralizada, sino más bien un poder de influencia basado en el conocimiento y en la transmisión de determinadas técnicas y modos de hacer.

Este hecho hace posible pensar que en realidad la europeización de los PECOS no tenga que significar necesariamente al mismo tiempo una *germanización*. En primer lugar porque la exportación de un determinado modelo de técnicas determinadas no es un camino de una sola dirección, pues también Alemania a su vez recibe la influencia de los sistemas de salud, organización política, medios de comunicación, etc. de los países del Centro y Este de Europa. Pero sobre todo porque no puede decirse que Alemania sea el único país hacia el que los países centroeuropeos dirijan sus miradas como único y exclusivo modelo. Así por ejemplo en Polonia la tendencia de fijarse en patrones anglosajones ha sido claramente más fuerte que la emulación de las prácticas alemanas. También en la República Checa los sectores más liberales han rechazado el sistema alemán de organización económica corporativista.

Es posible que Alemania quiera jugar un papel normalizado en su política europea como Francia y Gran Bretaña. Sin embargo, es dudoso que tenga la capacidad y se halle en situación de poder actuar de una manera similar. Al menos durante una generación más es previsible que la política exterior alemana tenga que seguir siendo

diferente a la de las demás en relación con sus vecinos del Este y Centro de Europa. Con la entrada de los PECOS en Europa, es toda la historia de Europa de este último siglo la que vuelve a aparecer ante nuestros ojos, pero también el futuro.